



«La felicidad por mandato es un dogma vinculado a las redes sociales»

Gonzalo Calcedo Escritor

El autor, que presenta en Gil su libro de relatos, 'La chica que leía El viejo y el mar', confiesa que se rebela «contra la tiranía de la novela escribiendo historias cortas»

JAVIER MENÉNDEZ LLAMAZARES



SANTANDER. Cada nuevo libro de cuentos del cántabro Gonzalo Calcedo es toda una celebración: una mirada lúcida y compasiva a lo más recóndito de nuestra intimidad, y un alarde literario con el que retratar la complejidad de la vida contemporánea de la gente común. Se trata de poner el foco en un instante concreto y dejar hacer a sus personajes. Que se cuenten a sí mismos. Su última entrega es 'La chica que leía El viejo y el mar', recién editado por la editorial Menoscuarto y que presentará hoy, jueves, en la Librería Gil de la plaza de Pombo, a partir de las 19.00 horas.

—En su cuento, una muchacha saca una novela, 'El viejo y el mar' en un café en el que el resto de clientes miran su ordenador. ¿Los libros son hoy día re-

volucionarios?

—No hay revolución sin libros, pero muchos libros no son revolucionarios. Al contrario, forman parte de un mercado literario que busca el mismo rasero intelectual, que no haya inquietudes ni deseos de remover conciencias. Una literatura bonita, resultona, muchas veces disfrazada bajo el capital dejado por las grandes obras. No pretendo ser un purista ni, mucho menos, caer en la solemnidad. Escribir libros es cuestión de vocación, lo mismo que publicarlos. Leerlos sí que puede llegar a convertirse en un acto revolucionario. Cuando veo a alguien leyendo en un banco o en el transporte público, respiro hondo y me sonrío.

—Las historias de Hemingway acaban mal; ¿cómo terminan las de Calcedo?

—Regular, me temo. Nunca hay un final claro, solo una 'parada y fonda'. Pero algo aprenden y algo enseñan. Como los soldados de la pregunta anterior, dejan su pequeña huella en los demás. Un sentimiento a veces tan matizado que es difícil distinguir su fulgor, pero está ahí. Hemingway era más contundente. Vivió demasiadas guerras y siempre estuvo en el filo de las cosas. Nosotros pasamos de puntillas. No es cobardía, son las circunstancias.

—El libro arranca en un no-lugar, la sala de espera de un aeropuerto...

—Me gustan esos espacios, su indeterminación. Son lugares de mixtura en los que el atrezo es muy limitado y en contra de lo que suele pensarse, importan las personas. Haces cola en una zona de embarque y hablas con la persona que está delante como si la conocieses de siempre. Esos espacios nos hacen pequeños al tiempo que nos perdonan y nos dan una oportunidad de comunicarnos. Muchos cuentos brotan de ese aparente desamparado ante la máquina y la gravedad. De la contemplación de los otros y sus momentos de fragilidad.

—De hecho, se diría que sus personajes, como escribe, «solo querían ser felices, jodidamente felices».

—Posiblemente, lo que quiere todo el mundo. Aunque eso de la felicidad por mandato es un dogma vinculado a las redes sociales que debería ser desterrado. Habría que celebrar lo contrario. Mis personajes anhelan cambiar, amar o que los amen. Su vida no es importante, desde luego. Pertenecen al común de los mortales.

—Su decoradora de interiores, por ejemplo, no tiene una casa propia que decorar.

—El bienestar nos ha vuelto por un lado intrascendentes, por otro incoherentes. Anhelamos siempre algo más. Miramos de reojo

el coche del vecino o del compañero de trabajo. El sentido de la medida se ha extraviado y se disfruta de una banalidad antojadiza y, en el fondo, cruel con quienes la practican. El juego es ese. Puedes quedarte al margen, pero a costa de ser un proscrito, alguien con el que no conviene socializarse. A más bienes terrenales, más necesidad de renovarlos o ampliar la cifra. ¿Hasta dónde se puede acaparar? No lo sé.

—Luego, los clientes de un camello no son los hijos sino los padres... ¿Las drogas ya no son un problema juvenil?

—Las generaciones van cambiando. Los hijos que antes fumaban marihuana son ahora padres. La frontera de las edades se ha ido diluyendo. Se es joven hasta muy

LA LITERATURA

«Escribir libros y publicarlos es cuestión de vocación. Leerlos sí puede llegar a convertirse en un acto revolucionario»

LA VIDA

«Entiendo que haya gente a la que le asuste estar solo, pero la soledad no debería dar miedo. El abandono es otra historia»

El narrador Gonzalo Calcedo, un referente del cuento en español, presenta su nueva obra en la librería Gil.

GERMÁN CALCEDO

tarde. Duele envejecer, está claro.

—¿El éxito de su negocio (la literatura, no las drogas) es la soledad, como dice? ¿O es un precio a pagar?

—Yo soy solitario desde niño. Cuestión de traslados, mudanzas y cambios de colegio a una edad en la que se fraguan muchas amistades. Por ese motivo no puedo echar la culpa de nada a la literatura. Justo lo contrario, es como si el oficio de escribir me hubiese encontrado a mí. Un rescate en medio del océano de la adolescencia. Tengo amigos, claro, pero disfruto de la soledad. Entiendo también que haya gente a la que le asuste no estar rodeados de familiares y amigos o tener planes para una tarde. La soledad no debería dar miedo. El abandono es otra historia.

—Los clubes de lectura y los congresos literarios, ¿son tan entretenidos como en 'Otra vida'?

—Va a ser que no. Hablamos de un cuento, de literatura. Yo no disfruto con la vida social que surge alrededor de un libro.

—Usted es navegante, a vela. Si un día vende un millón de libros, ¿enterrará los royalties en un velero, como los ricos de sus cuentos?

—Yo tengo un barco pequeño y viejo. Cualquier coche mediano es mucho más caro. Elegir uno u otro es cuestión de prioridades. No deseo un barco más grande, solo tiempo para disfrutar del que tengo.

—De todos modos, eso de vivir del cuento es pura utopía, ¿no?

—Durante los años que estuve de excedencia viví de ahorros y del cuento, dicho esto sin ironía alguna. Y de no gastar mucho. Una economía casi de guerra. El género, por otra parte, tiene un peso minoritario. La novela nos gobierna en este reino de la literatura y dicta sus normas de mercado. Yo me rebelo contra esa tiranía escribiendo historias cortas.

—¿Ya está preparando nuevos cuentos?

—Salvo cuando me acerco a la novela corta para, digamos, descongestionarme, siempre estoy escribiendo cuentos. Me hacen feliz, aunque su tono pueda dar a entender lo contrario. Armar un libro es otro asunto y no hay día en el que me pregunte si merece la pena seguir publicando, quizás porque cada vez hay más distancia entre lo que imaginabas al empezar de publicar y la realidad. Pero no puedo quejarme. He escrito lo que he querido y he encontrado editores interesados en publicarlo. Otros escritores no consiguen dar ese paso. El reconocimiento es algo caprichoso. La materia con la que están hechos los sueños, supongo.